

Derechos Universales

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

Derechos Universales (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Antes de solicitar silencio a Celina a través de un gesto muy mesurado, reverberó en la mente de Gerónimo Pacuali aquel tremendo golpe. Aquello no se conectaba con la culpa, sino a un silencioso secreto que se mezclaba con la aflicción, y provenía de un punto de partida de naturaleza arbitraria. Fue una distorsión que no tuvo una índole concreta. Aún su juicio se columpiaba en la indefinición; quería permanecer tendido en la penumbra, enmudecido, y tornarse en alguien irreconocible.

Fue como si hubieran caído sobre su cabeza el cielo, el sol y los demás elementos cósmicos; pasaba por una interina lucha en la que enhebraba bruscos e inusuales pensamientos. Seguía fluyendo su sangre a pesar de que ya no había explícitos ideales, ya que con un soplo misterioso se habían desvanecido la totalidad de sus sueños y la sagaz moderación con que antes se había conducido. Su espera no sólo había terminado, sino que además se convirtió en una convención vacía.

Con apremiante serenidad bebió a sorbos una copa de vino, antes de acostarse, tirarse en la cama bajo el techo de esa habitación. Si bien no se encontraba tullido, había quedado emocionalmente destrozado. Sus labios que solían reproducir inacabables sonrisas, ahora eran dos apiladas líneas rectas, y su postura tendida representaba a un utópico intento en relajarse.

En ese momento no poseyó la agudeza en decidir cuáles eran sus posibilidades futuras, y no quería ver más nada, a excepción de las imágenes de los sueños que caerían sobre su semblante con especulaciones que tal vez le permitirían escapar de esa indignidad; ese sería el simple ritual que le autorizaría a conservar una pizca de esperanza. Para dormir había retornado a lo que provisoriamente cumplía con las funciones de un hogar, y cuyas dimensiones eran torpes o simplemente reducidas.

Cualquier observador imparcial inferiría que se había convertido en una distinta persona, pero Celina no vislumbró nada raro en su marido, ni que hubiera pasado por algún acontecimiento que no se acomodó a la razón o se haya unificado con alguna crueldad. Sucedían las mismas exactitudes con que se establecían las costumbres. La lucha del hombre por ganar el

pan muchas veces lo hacía caer en un irracional cansancio, y eso no constituía un fracaso ni un absurdo (a menos que no fuera capaz de levantarse listo para entablar una nueva batalla).

Ese día, en el que aún había una reticente luz clara en el cielo, había sido equiparable a cualquier otro. Por lo que concluyó que ese retiro a la introspección de su marido, indicaba su sufrimiento por la tenaz contraposición de lo que era con lo que quería llegar a ser, pero ese era el dilema natural que a cada rato y en un profundo silencio, cada hombre se hacía. Sí, podría tomarse como raro que se metiera en la cama como si le quedaran pocas energías, cuando en la primera luz de la mañana le había revelado con su habitual optimismo que se manejaría con orden y pulcritud. Que haría una exposición metódica de sus intereses; iría otra vez a las oficinas de "Derechos Universales" para que las fases de la obtención de la vivienda no se prolonguen.

Celina no dudó que fue la incertidumbre frente al Catastro lo que hizo que Gerónimo llegara caminando con pesadez, apenas se había prendido la iluminación eléctrica de las calles. Parecía como si sus zapatos cargaban con toneladas de barro, y le dijo que las cosas habían salido a contramano de sus propósitos. Su expresión cansina y los desalentados matices de su conducta, a la mujer le parecieron comprensibles y hasta normales. Gerónimo no había obtenido la victoria tantas veces cantada, pero tampoco fue devorado por tiburones, por lo que lo invitó a que bebiera algo con la idea de que las malas conjeturas se disipen de su cabeza, y la progresión de la noche lo separe de los enconos que encontró en esa jornada.

Celina no supo que el infierno (en una de sus infames variantes) se abrió paso bajo los pies de su hombre, debido a su evidente fracaso de reivindicar una vivienda propia. Su falta de virtud fue la de haber caído en el descreimiento, tirando a la borda la entereza de su capacidad de esperar. Sin querer abandonarse nuevamente a una esperanza mayor, había decidido que era irreal armar en su imaginación a los ambientes de una casa. Esta ya no era más la poesía en la que en el frente plantaría jazmines, y en el patio de atrás instalaría una parrilla para cocinar asados... que se trataba del ideal que se permitía cualquier persona sabia. Mejor le era suponer que todo se movería de acuerdo a lo que por ser tan sistemático era brutal, y que nada cambiaría de mecanismos burocráticos.

Él era solo uno más que había sido incluida en el plan de "Derechos Universales", un trabajador humilde y atolondrado que estúpidamente había roto los límites.

Olarticochea no les restringió la información que de manera usual daba a quien la requería, y además hizo apócrifos ensalzamientos que sirvieron para asignarle a la propiedad un valor mayor al que tenía en el mercado (le placía endulzarle los oídos de la gente). Con una mística vocación iluminaba a la ciudadanía sin llamar a engaño; decía sentirse orgullo de darles el lugar que eran merecedores.

En el día de ese encuentro fue cuando se originó la fe del matrimonio Pascuali, y la narración de Paco Olarticochea se fundió con un llamado a la disciplina partidaria, lo que de ninguna manera sería el establecimiento de una doble polaridad, sino el ensalzar al vínculo que los unía. No aceptaría que las sospechas de deslealtad siquiera fueran frágiles, por lo que se ponía en guardia frente a la gente que reunía un fervor extraño. Él, a diferencia de otros punteros, no era tempestuoso ni gritón, sino un hombre que generaba confianza a los que se presentaban con pretensiones honestas, no se achicharraban frente a las pruebas por las que debían pasar, y se incluían dentro de las estadísticas de los agradecidos.

Con su suave voz, le propuso a los Pascuali un trato perfecto que no se contaminaría de irrealidad. Incluiría a lo verdaderamente existente, porque él no se ocupaba dentro de esa sede en fruslerías, ni hacía interpretaciones capciosas de algo que fehacientemente era insertado en los formularios. Aquello que les era ofrecido de buenas a primeras y con un carácter cómodo y asequible, no tenía por qué generar sospechas ni desmemorias.

El rostro de Olarticochea se iluminó por la entidad de lo que les ofrecía; procuraba influenciar en los demás, alentar al otro con sus discursos llenos con tintes partidarios, y demostrarles que la mansedumbre era una excelencia cívica. Captó bien al origen socioeconómico de quienes lo visitaban, y les aseguró que se identificaba con ellos (al menos en algún pasaje de su vida había sufrido algún tipo de contracciones). Encontró admirables razones para enriquecer las posibilidades de esa pareja, y sonrió porque los veía meditar asustados como si la donación que les concedía fuera siniestra, y no la maduración de un justo proyecto político.

Después de propiciar un desborde de ilusiones, Paco Olarticochea, encuadró a Gerónimo y Celina Pascuali dentro del genuino esquema de asistencia social. Ellos atravesaron la esquina y entraron a su local partidario, con la intención de dejar atrás los muros que los habían frenado tantas veces: la irresolución que resultaba de no tener casa propia. A ellos, ese hombre les ofreció la idealidad sin amarguras, y un porvenir que se pondría en marcha apenas volvieran a pisar al asfalto de la calle.

- "Mirarme a los ojos les ha cambiado la vida", les dijo con un ardor tan potente que pareció un enardecimiento.

Había una honrosa fatalidad en ese trato; los trabajadores como los Pascuali eran la prioridad de ese gobierno.

Olarticoechea les anunció que esa era una muestra de la solidaridad que hacía el Partido. Además, hizo alusiones al amor hacia el otro, al sentido práctico que había que dar a los valores comunitarios, y demostró tener una inclinación personal hacia la sensibilidad y la empatía. Les aseguró (sin temor a exagerar) que en pocos meses tendrían su casa, ya que el culminante objetivo de "Derechos Universales" era dar una mano a los pobres.

- "Únicamente, firmarán un papel mecanografiado que apenas contiene trescientas cincuenta palabras, y será un categórico testimonio de nuestra vinculación, aunque no fuera más que un símbolo"- dijo como si eso además de formar parte de su retórica tradicional, fuera algo memorable- "la palabra escrita además de ser un punto de partida, es la captura de la realidad en forma transparente. Se crea a lo maravilloso desde un directo y cristalino escrito que fue redactado para que los hechos tomaran una fulminante dirección".

En esa oficina de la ONG, Gerónimo Pascuali llenó un formulario rosado sin otra preocupación que responder a un cuestionario político, en el que definió (de acuerdo a su entendimiento) que era lo bueno, lo malo, y lo que había que premiar como socialmente aceptable. Esos casilleros no ocultaban nada, sino que establecían a lo de mayor importancia dentro de una progresiva alineación, que eran elementos constituyentes de las convivencias auténticas (nadie debía ubicarse en un terreno intermedio o neutro en ese respecto, y ningún beneficiario haría tachaduras diabólicas propias de los que renegaban).

En las líneas que garrapateó Gerónimo se descontaba que este tenía una convincente parcialidad, y un vislumbre franco de cómo eran las cosas. Había transcripto, a su manera, cuáles eran sus pretensiones políticas, aunque dejó caer algunas severas advertencias para darle una máscara de objetividad al asunto. No anotaría nada que diera lugar a interpretaciones erradas ni insinuaciones maliciosas... nada que no fuera un recuento de cómo debía construirse la sociedad.

El joven había adquirido una sísmica convicción que él y el Paco Olarticoechea, comulgaban bien y casi eran dos almas gemelas. Obviamente, procuró que todas sus contestaciones fueran coincidentes con las doctrinas proclamadas por este, ya que esa era la clave para acceder a la casa. Había puesto una ostensible cara de alegría mientras subrayaba a grandes gritos que las líneas de su pensamiento corrían acordes a la doctrina del partido de Unión y Fuerza Popular. En un

momento dado lanzó al aire una indescifrable risa, porque se estaba terminando la larga infructuosidad de no ingresar a una vivienda propia. Se había enlistado dentro de los márgenes exigidos por el partido político de Olarticoechea sin chistar, al punto que juró que se mejorarían los tiempos con sólo seguir a sus nobles postulados.

Contentó, Gerónimo Pascuali no imaginó que se dirigía con su mujer a fundar un destino de esperas y amaneceres insatisfechos, y nunca residiría en la vivienda promulgada por Olarticoechea, sino que encontraría obstáculos mayores. Es decir, que Celina reinstalaría una y otra vez en sus oídos la atormentada pregunta: "¿Cuándo nos la entregan?" como una oculta premonición que poco a poco devoraría a su paciencia, mientras que a él le recitaría las causas del retraso en forma más o menos afín a aquel que les hizo la enorme promesa que (había añadido) "nunca debía ser considerada un comentario menor".

Igualmente, en aquellos minutos dentro de las oficinas de la ONG, hubo una fusión gozosa entre las voces de Olarticoechea y las de Pascuali. Ambos se expresaron con aturdimientos mientras exaltaban las mutuas coincidencias. En ese momento resultó impensable que algún día se rompieran esas amarras sentimentales que habían anudado sin apelar a ciegos eufemismos, ni dar rienda suelta a alguna rencillosa cuestión. Juntos responderían con los puños alzados a quienes escarnecían lo bueno que hacía el Estado (Gerónimo se declaró tenaz y fuerte, y no un perro rabioso al que había que encerrar). Estaban tan de acuerdo en los tópicos tratados, en los que apenas la luz se acrecentara, llenaría con belleza a los jardines.

Recostado en su cama, Gerónimo recordó como en un día dorado por el relativo sol del otoño, había ojeado a algunos carteles callejeros con creíbles alusiones a la función directiva que Olarticoechea cumplía en la ONG "Derechos Universales", que estaba asociada con el partido Unión y Fuerza Popular, y por ende con el Gobierno. Había observado a imagen de ese hombre desde diversos ángulos, cuya sonrisa de resbaladizos y morados labios le daba un aspecto bondadoso. Con su mirada empotrada en el papel, no ignoraba a nadie y era como si vociferaba buenas razones. La foto lo mostraba con un semblante radiante, dando la mano a la gente pobre que se presentaba en un segundo plano (la concordancia entre él y ellos resultaba tan probada que daba lo mismo que los últimos fueran visibles o no). En el rostro de Olarticoechea se hundía una voraz preocupación por el bienestar de la gente, y en uno de sus brazos, como si fuera una antorcha olímpica, sostenía un título de propiedad. La leyenda del cartel aseguraba, en forma apreciable y sin ningún rastro de liviandad, que el tener casa propia no era una prerrogativa de los adinerados, sino que se trataba de un derecho universal y una necesidad básica como el comer o el beber. Subliminalmente expresaba que votar a Unión y Fuerza

Popular y convertirse en propietario, eran la misma cosa.

Con el fin de que el Partido obtuviera una higiénica victoria en las próximas elecciones, Olarticochea controlaba que los que recibirían la soñada propiedad no tuvieran máculas de deslealtad política (eso sería desagradable, estúpido, y equivalía a estar incubando una estafa). Sabía que algunos petulantes creaban situaciones tragicómicas, por lo que cada uno que se apersonaba en sus oficinas, después de colmar sus corazones con amor a la patria, debía tener bien presente que todo se lo debía a Unión y Fuerza Popular.

El funcionario afirmaba que un compañero era un punto que junto a otros formaba una recta, y no servía para nada si se cortaba solo. Entender ese principio era esencial, ya que cada uno de sus actos había que hacerlos en vista de favorecer al Partido, que obviamente existía más allá de los mezquinos intereses personales.

Muy pronto a Olarticochea le surgieron dudas con respecto a Gerónimo Pascuali, ya que en las entrevistas que mantuvieron, este reinventaba al cuento de su vida y se contradecía. A veces lamentaba, y hablaba cuando no tenía nada que decir. Tenía la presumida actitud del sabelotodo que traducía las cosas "tal con fueron", y estaba al tanto aun antes de que pasaran los acontecimientos por televisión. Era un mago de la política que entendía cuáles eran los puntos claves, lo urgente, y lo que había que deponer por varias razones.

Con palpables errores, Gerónimo intentó hacerse pasar por alguien que no era: se adelantaba al interrogatorio, daba respuestas irritantes que delataban que no conocía los preceptos fundacionales del Partido, y por sobre todo no demostraba sumisión. De hecho, actuaba como un litigante potencial que se tomaba libertades que nunca nadie le daría. En su pasado había tenido otras militancias, aunque ahora aseveraba que siempre creyó en el dominio del partido Unión y Fuerza Popular, al que defendía con una provocación que se hacía tronante. Aseguró haberlo votado en la mayoría de las elecciones, con emoción, a pesar que algunos de los perdidosos miembros de su parentela lo consideraban la fuente de la corrupción que asolaba desde décadas al país (pero estos eran "soñadores que nunca tuvieron un peso partido al medio").

Para mostrarse competente frente a sus superiores, el director de Derechos Universales necesitaba abultar los números de su cartera de "clientes", por lo que había incluido a Pascuali y su mujer Celina en el listado.

-“Los números tienen una sana precisión, y no se agrandan monstruosamente como hacen algunos”, le había dicho Olarticochea a su asistente, el chino Marcial, que asintió sin articular opiniones acerca de lo

que estaba sobredicho.

Y como las estadísticas eran un método que nunca fallaba, le pidió a este que mostrara a esa pareja una casa recién construida cuyas alacenas eran perfectas, y a la cocina, para completarla, sólo le faltaba el humo producido por las frituras de aceites. El chino Marcial los llevó con la idea de que hicieran un reconocimiento concluyente, una fabulosa investigación que permitiría a ese fanfarrón (Pascuali) darse nuevos aires.

Esa casa estaba muy bien construida, por lo que a los Pascuali no les produjo resquemores, sino la impresión (o el consuelo) de que nadie les había mentido ni hablado con sarcasmo. Supusieron que los pastosos colores recién pintados, no se desvanecerían, a pesar de los acosos que el tiempo se atreviera a hacerles. Se miraron, y frente al Chino Marcial no vacilaron en distribuir suntuosos elogios, luego derivaron a sus esfuerzos en localizar con detenimiento a los números y las paradas de los colectivos

Como director de la ONG "Derechos Universales", Paco Olarticoechea cobraba un millonario sueldo y su principal tarea era acomodarse a los designios de sus superiores para que luego estos retribuyeran su lealtad con las correspondientes certezas pecuniarias. Por supuesto que les dedicaba una catarata de elogios, y hacía al pie de la letra lo que le pedían y si los veía entrar a su oficina, se alzaba rápido sobre sus talones para agasajarlos. Su misión era la de servir a los que al final redondeaban la gran obra, pero sintiéndose omnipotente, una vez le confió al chino Marcial que sentía que estaba más allá del chismerío e incluso de la temporalidad. Sin darse cuenta que lo mejor hubiera sido que esa charla desembocase en una broma, le dijo a Marcial que sentía la compulsión de pincharse un dedo con una aguja para comprobar si le salía sangre, y seguía siendo un mero mortal.

Dentro de la fundación, podía hacer lo que se le antojase: acusar a un hombre de ser falaz y condenarlo a la Espera, o atenazarlo con sus ilusiones a un techo de lata y cuatro paredes de cartón, como haría con Gerónimo Pascuali, en quién recrearía a sus peores fastidios junto a deslumbrantes hipótesis que irían en crescendo (eso lo divertía, lo asombraba, y le hacía sentirse ansioso por repetir la escena). Paco Olarticoechea detentaba su preeminencia sobre aquellos que no cesaban de ensalzarlo: los sujetos genéricos que colaboraban para que él se sentara en ese sillón y disfrutara de su idílico tabaco rubio mientras les garantizaba a lo prototípico de un mundo feliz.

A partir de sucesivas reuniones, Gerónimo Pascuali se había agazapado a la espera del inmueble mientras se incrementaba sus jactancias... era insuperable la claridad con que veía a su nuevo domicilio. Este se hizo inmanente a cualquier cosa que decía, y se tornó difícil que algo pudiera romperlo en pedazos. Y sin suponer que hacía la desmedida aplicación de

contravenir los plazos, Gerónimo frecuentaba a la sede de Derechos Universales, creyendo que con su insistencia estos se acortarían, aunque esto crease anomalías entre los empleados de la fundación, que, al verlo, escondían sus cabezas en las carpetas que abrían al azar.

Pasaba el tiempo, y al reclamar interrumpidamente, Pascuali notaba que en la ONG había indeterminados patrones de conducta, y no le contestaban con nitidez aquello que les formulaba. Los fenómenos burocráticos dependían de encarrillar a las causalidades: faltaba aquello, tenía que llenar otro formulario, y ya lo mantendrían al tanto cuando llegara la noticia...

Gerónimo y Celina se habían entregado a la eterna infidelidad de la burocracia. Pero el hombre robusto y curioso, sostuvo la ilusión de la casa propia con una pasión de buey, sin aceptar la posibilidad de que existieran fermentos de algún engaño, o que la fecha para escriturar, cada día se hacía más pequeñita que la cabeza de un alfiler.

III

Gerónimo Pascuali sabía que su vivienda estaba en el trazado meridional del barrio Victoria Popular, y que no se desvanecería de un momento a otro, pero penosamente no se la entregaban. El momento que al principio había sido inminente, se convirtió en una sumatoria de lo relativo, apenas una suposición, y una contienda entre cláusulas y palabras que terminaban posponiendo todo. Los actos no se equilibraban con los deseos, a pesar de los simpáticos guiños que Gerónimo hacía cuando, aún en las mañanas lluviosas, se manifestaba en las oficinas de la ONG haciendo gala de buen humor. Se habían dado unos pocos progresos formales y paulatinos, pero nunca llegaba la concreción. La llegada del futuro se dilataba con lamentables silencios, estrictos juicios de valor que a nada resolvían, y agregados que hacían diferir a los tiempos, después de auspiciar a nuevas consultas. Gerónimo Pascuali sospechó que había una abúlica levedad en el tratamiento de su caso; con regularidad escuchaba las absoluciones que los empleados de Derechos Universales se daban a sí mismos con la mayor plenitud de excusas que se podían hallar. Y nadie sabía cómo sacarse de encima a ese hombre que ya era como un lodazal que ya les llegaba hasta la cintura, y les impedía hacer sus habituales movimientos.

Gerónimo se apersonaba en el Centro, aun cuando se el ingreso se hacía intrincado por el enjambre que había de personas. Y alargando su cuello se superponía con los que llegaban con otros conjuntos de demandas o dudas que había que calmar. Y los empleados volvían a esquivar sus previsiones, y le decían que había leído mal los términos. Todo se complicaba y se hacía más confuso, pero el joven no se agotaba y

mantenía firme a sus ánimos.

Pero uno de esos días, Gerónimo Pascuali decidió actuar sin más subalternas intercesiones de la ONG; bramando sus coherencias decidió embestir al trapo opaco de Olarticoechea, como si fuera un toro dispuesto a concluir la rencilla que mantenía con el torero. Era hora de acabar con ese suplicio, aunque con eso se creara una situación irregular. No seguiría contando a los días como si fueran las repetidas olas de los mares. Debían recibirlo en donde no se podía entrar; era cuestión de mostrarse con una faz sensible y humilde, para rebasar con creces a esa demora irracional que lo tenía a maltraer. Hasta entonces su relación con Paco Olarticoechea había corrido por los tenues carriles de la amabilidad, pero ahora estaba decidido a imponer su enérgico temperamento. Efectuaría un acto que sería la piedra de toque a partir de la cual se reestablecería la sensatez. Haría una poderosa demostración de que no estaba dispuesto a que nada pase por alto.

Así, Gerónimo Pascuali se corrió hasta la fabulosa mansión en donde vivía Olarticoechea, sin otra voluntad que hacerle un reclamo directo, y dejar bien en claro que en él no existían graduaciones de buenos modales, sino que se había hartado de esperar y forzaría la aproximación de la bendita fecha. Le resultó cristalino que, para obtener la atención del funcionario, debía sacudirlo un poco. La espera lo estaba desahuciando, y tenía derecho a exigirle a Paco Olarticoechea que acabara con esa incommovible parálisis.

La mansión era una fortaleza inexpugnable; tenía a su alrededor una cantidad de dispositivos electrónicos y cámaras de seguridad. Algunos sectores habían sido recientemente reformados, pero nadie lo sabía porque los murallones que le servían de fachada, estaban coronados con alambres de púas.

Frente a la irrevocabilidad de su decisión, Gerónimo Pascuali pensó rudimentalmente que su incursión no tenía un objetivo cordial, sino que obligaría al funcionario a tomar en cuenta a su punto de vista. Lo cruzaría con algo que tomaría el tenor de un debate (en el que tal vez interpondría un ligero atrevimiento), cuya imperiosidad se basaría en lo que había que sacar en limpio.

Por lo que pronto apretó al timbre del acceso de entrada con una discontinua dicción que no estaba exenta de culpa por no haber arreglado las cosas antes. Al ser apercebido de que no se le permitía la entrada, su rabia se convirtió en una pastosa saliva que le quemó las entrañas, y oleadas de maldicientes minutos lo mantuvieron atado a la calle sin pestañear. Esperó con bien afilados escrúpulos con el propósito de verse cara a cara con el responsable de la inacción. Para distenderse pensó en las diferentes partes de su futura casa, colocándolas en el mismo orden

con que las vio aquella vez que la recorrió con sus pasos.

Para Gerónimo no había diferencias entre sus sueños y la galopante realidad, ya que con obstinación los unía. Y se cansó de balbucear una sucesión de malas palabras que demostraban que no retenía la tan común resignación de los pobres. Se mantuvo erguido, con el embromado afán de atornillarse en el inmenso portón de la calle El Salvador 747, en ese sector Oeste del suburbano.

Olarticochea, que lo había inducido en esa gran fe, era un hombre de hablar pausado, con una barba cuidadosamente recortada, y una severidad señorial en sus principios. Hablaba con palabreríos que recién al final puntualizaban algo, y era lo contrario de Gerónimo que se trataba de un muchacho serio, trabajador, y una mole que no flexionaba sus rodillas ante nada. Hay que decir que el respeto que le profesaba Gerónimo Pascuali a ese turbio personaje, no duró después de que fue informado que no le correspondía ninguna generosidad del Gobierno, ya que jamás había calificado para obtener una casa del barrio obrero Victoria Popular.

El lineamiento entre los dos se convirtió en un tétrico dialogo, y también una explosión del desgarró emocional de parte de quien estaba consustanciado con el poder. La voz de Olarticochea había salido con somera intensidad puesto que había incrustado en su pecho un ardor demoniaco. En definitiva, deyectó a ese hombre que, con rimbombantes expresiones, tuvo la osadía de interceptarlo en la puerta de su casa.

-"¡No es que no te llegó el turno, sino que no te corresponde!", le dijo Olarticochea cuando llegó en su gris automóvil de puertas blindadas a su mansión, muy disgustado por la guardia que el pobre diablo hacía en el portón de entrada. El director de Derechos Universales se puso nervioso porque sintió que estaba violando a su intimidad, y lo consideró como un sujeto amenazador por ubicarse en esa cortedad de metros esenciales.

Más tarde, Paco Olarticochea no le dio relevancia a lo inefectivo de ese encuentro, y se despreocupó de ese molesto individuo para reiniciar su vida llena de claroscuros.

IV

En un primer momento el Chino Marcial no señaló culpas, pero creyó divisar a Gerónimo Pascuali corriendo en dirección Norte-Sur; el joven, de una agilidad sin paralelos, se largó por un camino que lo conduciría a un tinglado remoto, apenas ocurrió lo que a primera vista se apreció como un accidente. Se disparó con una velocidad ultrasónica, como si hubiera sido profundamente insultado y el terror remplazara a su embeleso con los palabreríos intrascendentes.

Había sido perfectamente reconocible gracias a su escasez de moderación, y a su voz llena de soberbia, cuyo postulado central consistía en hacer juegos de palabras deshonrosos.

Marcial sabía que las esperanzas de Pascuali habían sido contrarrestadas por las chillonas polifonías en las que embarcaba Olarticochea (raros embates de parte de quien solía manejarse con magistrales sutilezas). Se trataban de enojos soltados dentro de intempestivas fases, hacia quien ya se había aburrido de redimir.

El chino Marcial lo vio cómo una sombra que corrió lunática por esa Unidad Básica del Partido, que con esa intrepidez expuso realmente lo que había pasado. Al principio el segundón del director de la ONG no comprendió, y tampoco se atrevió a hacer teorías basadas en cálculos en el aire... por el contrario, entonó joviales proposiciones en el oído del yacente Olarticochea, que duraron hasta que una ambulancia llegó a la sede de Derechos Universales, después de sortear considerables baches callejeros. Por entonces, la luz del sol se iba encogiendo e infectaba con ligeras agonías a los hombres cansados.

Su jefe estaba desplomado sobre la impavidez del suelo, y con la inseparable voz, le dijo que se pondría bien, y que un entero plantel de un sanatorio cercano había sido alistado en vías de su recuperación. En la frente del caído chorreaba sangre que testimoniaba cuan poco volátil era el poder del pedernal y la furia, cuando se combinaban en desalmadas proporciones.

Otros, señalaron qué Gerónimo Pascuali pasó por ahí con la intención de reclamar lo que consideraba propio, aquello a lo que (según derivaba de sus fantasías), tendría derecho. Se había presentado con indignación, haciendo algo de escándalo, y desahogó sus acumuladas tensiones en el bueno de Paco. ¡Fue un malvado que alzó su puño sangriento contra quién estaba a punto de entregarle materialmente una casa (el nombre de Gerónimo Pascuali aún estaba incluido en una lista en la que nunca se habían añadido controversias)!

Al llegar a la habitación que alquilaba pasando el fondo del jardín de un chalet de ladrillos rojos, Gerónimo mendigó a su mujer Celina un poco de silencio, acarició su cuerpo de gatuna suavidad, y se negó a lanzarse en los diálogos con que ambos se mecían, acerca de lo que les había pasado durante la jornada. Prefirió no enumerar nada, ni insinuar algo que sonase diferente; sólo lanzó una ininteligible frase, cerró los ojos, y se tiró a la cama cómo si tuviera fiebre. Debido a una extraña conmoción, quiso negarse a sí mismo, y dejar correr cuanto antes a los ríos subterráneos de los sueños.

La irrupción que había hecho en el despacho de Olarticochea, fue como el fresco horizonte de un alba que se llenó con la sangre chorreante del sol

(ensayó esa estrambótica metáfora). Pero en los siguientes minutos se vació de pensamientos irreparables, y se limitó a hacer una inspección ocular de la pared de enfrente; primero estudió a la mitad superior, y después a la inferior que tenía pequeños hoyos producidos por haber arrancado tachuelas. A esa misma pared, algunos meses atrás, la había pintado para liberarla de las huellas de la humedad. Por otra parte, decidió que la casa que había sido promocionada con mucho estilo por Olarticochea, había sido una sobrehumana meta que no tuvo una definición decisiva... se transformó en una convulsiva vaguedad. Ésta ya no residiría más en sus evocaciones, que en ese instante se volvieron estáticas y no contaron con ese persistente ingrediente que era su curiosidad. Ahora, su única pericia en aras de ser feliz, consistiría en descender con circunspección cada peldaño de la escalera de aquel ilusorio edificio. Se aligeró de ropas, y escudriñó una vez más a las blancas paredes de esa habitación, diciéndose que nunca supo rendirse porque durante su vida había cultivado de sí mismo a la imagen de un luchador.

Pocas horas antes, había torcido el camino de regreso al lugar en donde vivía, para pasar una vez más (de buena fe) por el local de Derechos Universales. Había desestimado a las cosas horribles que el día anterior Paco Olarticochea le había dicho, y que le infligieron miserables revueltas en el estómago. Ya no estaba afectado por lo que le espetó ese hombre, cuándo lo había esperado humildemente al pie de la puerta de su mansión, puesto que, seguramente, habían sido cosas dichas al voleo, errores movido por el descuido y el deseo de simplificar... o bien las estupideces que deja escapar una persona cuando estaba agotada.

Pero cuando entró sin aguardar ser llamado, encontró a Olarticochea que ríe y elevó su mirada a un inexistente cielo, porque juzgó inexcusable el no haber sido lo suficientemente claro durante el anterior y sorpresivo choque... por lo que en ese instante no sólo tenía que ser obvio, sino también insistente. De hecho, se alegró por verlo, porque quería reanudar su trabajo, y asegurarse que se lo había sacado de encima de una vez y para siempre. Así, le negó en forma tajante que le correspondía lo que desde años atrás le venía prometiendo. No lo quería ver más por su despacho, ni alargar innecesariamente a esa desagradable conversación. La impertinencia de Gerónimo Pascuali al haberse presentado de manera abrupta en su mansión, en verdad lo había sacado de quicio. El hombre había saltado un prohibido vallado mientras denotaba a las claras su carácter peleador.

Las palabras de rechazo de Olarticochea continuaron con un nítido:

- "Escúchame bien ... ", pero no logró terminar la oración.

Antes de tomar la base de pedernal de un calendario a rodillos que sobresalía en un costado del escritorio (antigüedad que Olarticochea

había heredado de su padre), y hundirlo en la cabeza del funcionario, Gerónimo tuvo un nebuloso vislumbre de la casa en la que sólo habría faltado hacerle la conexión cloacal.

Olarticoechea no tuvo ocasión de agrandar los sueños de Pascuali, ya que su grandeza, real o hipotética, se desvaneció en ese minuto. Hubiera deseado sosegarlo, asegurarle una vez más que tenía su protección, y explicarle las ventajas de la casa con un menor dramatismo. No se la hubiera negado de manera drástica, pero dejaría en claro que los ritmos de entrega se habían aletargado. Tampoco tuvo el tiempo suficiente para ocultarle a ese desgraciado que aquello formaba parte de una fragante mentira, que era pura propaganda y jueguitos políticos, falaces historias que había que publicitar al máximo sin que reinaran las incertidumbres. Pascuali debía subordinarse a las retóricas partidarias, dejar atrás a su egoísmo, y manifestar gratitud con alegría, aunque no recibiera nada. Además, se había construido sólo una décima parte de lo presupuestado, y la preciosa casa que había visitado, ya había sido regalada a un antiguo afiliado de Unión y Fuerza Popular.

No muy lejos, Gerónimo Pascuali al final sugirió a Celina que su cansancio estaba estrechamente relacionado a la ansiedad; por pensar tanto en la casa no pudo sostener a su ronda habitual en el trabajo.

Desde afuera algunos proféticos ladridos se filtraron en la habitación, y adentro se infirió que algunos trastornos en la calle habían provocado a los vigilantes instintos de los animales. A los ladridos se añadieron más ladridos, mientras un grupo de policías se iba acercando. Antes de que golpearan con tosquedad a la puerta, Gerónimo se escuchó decir: "Es que en el engaño anidan las causas de las complejidades", y calló porque no disponía de otras respuestas.

Fin